

EL AGUA CAUTIVA

Hace muchísimo tiempo... en una Era muy anterior, cuando al planeta todavía le faltaban unos golpes de horno, el agua dulce que servía para tomar no se repartía como ahora en ríos, arroyos y lagos, sino que estaba toda junta, reunida en un único e inmenso lago.

De esta manera, la población tenía que acercarse hasta el gran lago para poder saciar su sed, cocinar o bañarse. Porque agua había, pero estaba en el océano y de esa no se podía beber. De modo que todos terminaban irremediablemente allí.

Pero un día apareció un gigante malvado y poderoso, con una fuerza mágica que nadie podía vencer. Se llamaba Taita. Se apoderó del lago y lo tapó con un manto gigante tejido con mil hilos de lana. El manto era tan resistente que no permitía que nadie pudiese sacar agua. El gigante siempre divisaba todo desde arriba y casi nunca dormía. Además tenía buena vista y, si alguien osaba acercarse, echaba su horrible aliento podrido que nadie aguantaba.

La gente empezó a sufrir y si seguían así en poco tiempo morirían de sed. Nadie sabía qué hacer. La situación era desesperante. Así que fueron a pedirle consejo al Xo'on, un sabio curandero viejo e inteligente de toda la tribu. Este les dijo que el único que podía salvarlos era su sobrino Choskiái, un hombre de cuerpo chiquito, pero muy muy fuerte. Además, era valiente, ágil y gran tirador con la honda.

Cuando Choskiái se enteró, decidió agarrar su honda y partir rumbo al lago a enfrentar al gigante. Con mucho cuidado, arrastrándose entre la maleza, fue acercándose al territorio custodiado sin que nadie lo viera. Una vez que estuvo bien metido, se paró y tiró una piedra gigante con su honda. Recién ahí fue que el gigante lo vio, pero ya era demasiado tarde para lamentarse por el descuido. Así que se abalanzó sobre Choskiái. Sin embargo, la pedrada le dio justo en la frente, y con tanta puntería que el monstruoso gigante cayó a la primera.



Toda la población de la zona miraba expectante la lucha y ni bien terminó corrió hacia el lago como si fuera un malón... que, de hecho, lo era. Sin ningún tipo de miramientos cortaron el manto que tapaba en mil pedacitos que se deshicieron mágicamente en el aire. Al final, la desesperación les jugó una mala pasada porque en vez de saciar su sed, el agua toda barrosa les hizo mal a la panza y no les sacó la sed nada. Estaban de vuelta en problemas por culpa de su desesperación. Poco había durado la alegría.

Entonces, Choskiái juntó un montón de piedras y empezó a tirarlas para todos lados con su honda. Ahí donde pegaba, volaban por el aire tierra y rocas y se formaba un enorme hueco, que inmediatamente se llenaba de agua. Y si la piedra daba de refilón, se hacía una gran grieta y aparecía un río.

Las últimas rocas de Choskiái eran tan grandes que no cabían en la honda. Entonces, las cargó con sus brazos por encima de su cabeza y arremetió con toda su energía hacia el sur. El objeto voló, propagando por el aire un zumbido impresionante, cayó generando una grieta tan grande que solo pudo llenarla el mar. Tiró otra roca en la misma dirección, pegó en la orilla y se separó una gran cantidad de tierra hacia el mar, formando el canal de Beagle. Después arrojó una roca hacia el oeste, abriendo un enorme hueco que también se llenó con el océano. La siguiente fue en la misma dirección, pero esta vez dio en la costa recién formada y resquebrajó la tierra. Apareció entonces ese archipiélago que hay al oeste de Tierra del Fuego en el océano Pacífico. Un nuevo proyectil, grande como un meteorito, salió expulsado hacia el Este y provocó que el océano Atlántico avanzara. Otra piedra fue a parar bien al norte y abrió el estrecho de Magallanes.

Así estaba la cosa completamente descontrolada y los pobladores se encontraban muy asustados porque no sabían si una piedra podía aplastarlos, aunque Choskiái fuera muy precavido y tuviese excelente puntería. Tenía que parar con esta locura. Hasta que el tío, cansado de tanto alboroto generado por su sobrino, le gritó:

—¡Basta, Choskiái, por favor basta! ¡Pará! ¡No te das cuenta que si seguís tirando piedras nos vamos a quedar sin tierra!



Choskiái escuchó a su pariente y aplacó su furia. Guardó su fantástica hondera y dejó de tirar.

Desde entonces, Tierra del Fuego se convirtió en la isla que es hoy en día. Por eso los que quieren visitarla tienen que subirse a una embarcación para poder conocerla.

Ah, eso sí, el agua siguió fluyendo y ya nadie tuvo que pedirle permiso a nadie para refrescarse.